



Juan A. Ortega y Medina

“México en 1841”

p. 431-466

Juan A. Ortega y Medina

Obras de Juan A. Ortega y Medina, 3. Literatura viajera

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2015

574 p.

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-02-6415-3 (volumen 3)

Formato: PDF

Publicado en línea: 11 de marzo de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/631/literatura_viajera.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

México en 1841¹

431

El descubrimiento de América –afirma O’Gorman– puso en crisis los cimientos aristotélicos y escolásticos de la cultura cristiano-occidental al tener que encajarse un mundo nuevo en el esquema tradicional.² Mas una vez pasado el periodo de reajuste, América se presentó frente a los apetitos aventureros del hombre europeo como un campo propicio donde reñir la batalla del egoísmo nacional e individual. Tres grandes potencias orientarán fundamentalmente sus mejores esfuerzos sobre el Nuevo Continente y reñirán cruentas e incruentas luchas en todos los terrenos políticos, teológicos y económicos para apropiarse y organizar material y espiritualmente las mejores y más extensas y atractivas regiones de las tierras recién descubiertas.³ En el siglo XVI, pese a los esfuerzos de Francia e Inglaterra, será España, junto con Portugal, la que

- 1 Este texto originalmente se publicó como prólogo a Brantz Mayer, *México, lo que fue y lo que es*, México, Fondo de Cultura Económica, 1953.
- 2 Edmundo O’Gorman, *Fundamentos de la historia de América*, Imprenta Universitaria, México, 1942, p. 85-104.
- 3 Como es sabido, portugueses, holandeses, suecos y alemanes se interesarían también, acto seguido, en el reparto o arrebatiña de las tierras americanas.

imperará en el ámbito americano. En los siglos siguientes las pugnas europeas se prolongarán en las tierras indo-occidentales, y Francia e Inglaterra, precisamente en el XVII, lograrán asentarse definitivamente en territorio americano en mengua y befa de los derechos espirituales que las bulas papales concedían teóricamente a España.

Durante el siglo XVI las naciones rivales de España promovieron expediciones pseudomilitares y organizaron incursiones piráticas con el intento de arrebatar u obstruir el monopolio económico y espiritual que ésta había decretado en su imperio transmarino. Como la pugna religiosa y mercantilista saltaba así del Viejo al Nuevo Mundo, España levantó alrededor de su inmenso imperio unas murallas de disposiciones legales y defensivas que, como otrora las famosas de China, aislaron casi por completo a las nuevas colonias del mundo exterior. A destruir estos bastiones defensivos, recelosos y odiosos se dieron en el transcurso de los siglos todos los Josués europeos que con fuerza resoplaron ya en la cornamusa de la reforma religiosa protestante, ora en la del capitalismo mercantil, bien a la par en ambas.

Aunque el monopolio espiritual y material decretado para América fue estricto, de tarde en vez y por modos diversos pudo ser burlado y, por ende, roto y puesto al descubierto el sigiloso y legendario secreto colonial, que resultaba tanto más atrayente y esotérico para los extraños cuanto mayor era el empeño de España en ocultarlo y vedarlo. Los piratas, los comerciantes y los varios viajeros circunstanciales o intencionados van a ser los encargados de romper el bloqueo monopolista español, y aunque nosotros nos vamos a ocupar estrictamente de reseñar, si bien a la ligera, a los ingleses que pudieron chasquear la suspicacia española al atravesar los macizos muros exclusivistas, esto no quiere decir que los ingleses fueran los únicos que realizaran tal hazaña y que nos dejaran sabrosos relatos de sus aventuras, porque también algunos franceses, holandeses, alemanes e italianos lograron lo propio y nos dejaron asimismo constancia de su éxito aventurero y debelador. Los ingleses del siglo XVI, viajeros por la Nueva España, pudieron hurtarse a la vigilancia paternalista española gracias a la favorable coyuntura política (1551-1580) que establecían en el panorama político-dinástico europeo los proyectos de Carlos V y Felipe II cara a Inglaterra: uncimiento de ésta al carro imperial y ultracatólico mediante enlaces matrimoniales tan caros a la política connubial habsburguiana: *Bella gerant alii; tu felix Austria, nube*. Empero, cuando esta política fracasa, se cerró el postigo mercantilista para los ingleses, los cuales

no pudieron en lo sucesivo penetrar en el coto colonial español salvo extemporáneamente, por mero azar o por fuerza mayor.

Consignaremos como *viajeros* a aquellos que fortuita o voluntariamente lograron traspasar el recelo español y nos dejaron un memorial o relato de su visita venturosa o desafortunada. La Nueva España, el más afamado y rico florón colonial, fue el más tenazmente perseguido por la curiosidad y ansia viajeras anglosajonas, y hasta la fecha –podemos asegurar– México ha seguido siendo foco para la atracción viajera mundial, y, dentro de ésta, con especialidad para la norteamericana; y esto último no precisamente por la simple y generalizada idea de la circunstancia del vecindaje o proximidad –lo que no quiere decir que le sea totalmente ajena–, sino más bien por la de la complicadísima herencia histórico y psico-racial estadounidense.

Existe, pues, un vastísimo género literario viajero a base del sujeto histórico México, que comenzado en el siglo XVI se ha prolongado hasta nuestros días, y que a la fecha, y a juzgar por las trazas, aún no presenta síndromes de decrepitud o muerte. En el siglo XVI comienzan los primeros vagidos, la inauguración balbuciente del género en el que participan autores viajeros de diversos y cerbatanescos calibres de observación; se trata de lupas y catalejos mentales, que aumentan o achican, acercan o alejan a gusto del observador, pues que todo depende del lado por donde se aplique el ojo crítico. Se trata también, en el caso de estos viajeros británicos trotamundos por el México de la centuria decimosexta, de un deseo de ver mundo y de curiosear novedades, porque ello constituía –como afirma O’Gorman– “una exigencia de la cultura de entonces”⁴ y –añadamos por nuestra parte– una demanda, nos parece que de siempre, de nuestra cultura occidental. Con tal actitud crítica es como descubren al México colonial cincocentista los Thomson, Chilton, Hawk y Phillips. De entre todos ellos nos interesa destacar como prototipo a Chilton, porque su *Discurso* es el documento más importante que de un extranjero –cristiano reformado– poseemos relativo a la situación social, política, económica, religiosa y militar de las posesiones españolas de América; y en especial, dentro del vasto grupo, de la Nueva España. John Chilton se adelantó más de medio siglo al extraordinario ex dominico Tomas Gage, y en su relación –producto de una existencia errabunda y mercaderil de 18 años (1568-1586) por las posesiones españolas de América– se anticipan y postulan las premisas moder-

4 *Ibid.*, p. 92.

nistas de ambición territorial y las aspiraciones purificadoras inglesas sobre Hispanoamérica,⁵ que después constituirían, entre otros, los fundamentos del maravilloso libro del taimado Gage.

La *Relación* del fraile apóstata cubre ampliamente la visión interesada sobre la Nueva España y Guatemala en el siglo XVII;⁶ por otra parte, representa la continuidad y ampliación del pensamiento modernista, reformado y anglosajón sobre el mundo hispánico colonial al que Gage *ve* y casi *siente* como lento, corrupto, antiprogresista y viviendo en poquedad catolicísima. Gage, en suma, no era sino expresión de su tiempo; un siglo más acentuadamente mercantil que el anterior, a cuya cabeza, con aires ya de preponderancia financiera, marchaba Inglaterra con la experiencia a costas de sus dos victoriosas revoluciones burguesas (1649-1688). El libro del satírico y ledro réprobo constituye todo él una tremenda aunque exagerada crítica del catolicismo hispánico en general, y en particular una requisitoria severa contra la lasa moral novohispana de aquella época; por lo mismo la obra tiene que verse como un intento doctrinal de regeneración mediante el socorrido expediente de la conquista inglesa recantadora: vieja aspiración que desde el siglo XVI había venido desenvolviéndose y tomando cuerpo por obra y gracia de sus padrinos y favorecedores: Raleigh, Gilbert, Grenville, Cumberland, Drake, Hakluyt, Purchas, Cromwell y cien más. Se trataba, por consiguiente, de rescatar o readquirir para la religión reformada –reengendración en Cristo– la moral y las viciosas riquezas novohispanas ya eclesiásticas o seglares. Se trataba asimismo de levantar al mundo hispanoamericano de la abyección en que había caído. Conviene señalar que el proyecto fue fundamentalmente inglés; pero también lo fue novoi inglés, queremos decir, con riesgos de anacronismo, norteamericano: William Jessop, John Cotton, Roger Williams, Edward Winslow, etcétera.

El siglo XVIII abunda menos en viajeros anglosajones, las guerras que sostiene Inglaterra en tres continentes y la de Independencia en los Estados Unidos aminoran el interés anglosajón por Hispanoamérica; pero lo cultivan en

5 Este y los otros relatos de Richard Hakluyt, *The principal navigations, voyages & discoveries of the English Nación*. J. M. Dent & Sons Ltd., Londres, 1919, 8 v. Pueden consultarse también en J. García Icazbalceta, *Obras: opúsculos varios*, Biblioteca de Autores Mexicanos, Imprenta de V. Agüeros, México, 1898.

6 Tomás Gage, *Nueva relación que contiene los viajes de Gage a la Nueva España*, Editorial Xóchitl, México, 1947.

un rico caldo histórico felizmente prometedor –para ellos– de futuras virulencias. Asimismo, como es bien sabido, el siglo XVIII es el siglo racionalista por excelencia; y armados, pues, los escritores con el bisturí de la razón viviseccionarán el ser hispanoamericano hasta dejarlo hecho piltrafas y poner al descubierto la mera osamenta. La autopsia, más bien, de lo hispánico se hará también extensiva a lo autóctono y original indoamericano, pocas veces para bien, y las más para mal. A la crítica demoleadora muy pocos y casi nada escapan; España y sus colonias americanas, por ejemplo, se ven sometidas a las luces críticas e iluministas del escocés Robertson saliendo, en verdad, no muy bien paradas del examen dieciochesco e ilustrado del autor.⁷ A dicha obra –hagamos a un lado la rigurosidad cronológica– podrían añadirse la de Pauw, las de Reynal, Hegel, Schlegel, De Maistre, Schopenhauer, etcétera, pues el amplio ambiente y resonancia de la Aluciedad permitía, como en un nuevo Renacimiento, el trasiego de las ideas y, por lo tanto, la asimilación de las mismas sin parar mientes en la procedencia nacional.

Con una diferencia de 39 años (1782-1821) habían alcanzado respectivamente los Estados Unidos y México la independencia; pero los norteamericanos al lograrla habían roto los lazos políticos con Inglaterra, mas habían fortalecido los tradicionales y culturales al afirmar el legado histórico británico. Los mexicanos, por el contrario, habían aspirado heroicamente, y lo pusieron además en práctica, a la ruptura total con el pasado tradicional, con la herencia histórica. Ingenuamente se prestó la flamante nación mexicana a dialogar con el mundo vistiendo la cándida túnica de la inocencia histórica, nacional y política. De bonísima fe creyeron los patriotas que los demás tomarían en consideración la trágica resolución que los convertiría de la noche a la mañana en una recién nacida nación, pura, virginal, incontaminada, sin ataduras, sin ligazones y sin reservas ni deudas para con el pasado. Lo malo del caso no estaba en el voluntario cuanto imposible holocausto en aras de la casta e inocente desnudez histórica y cultural que el indigenismo todavía arqueológicamente lejano, pese al entusiasmo romántico y patriótico con que se le veía, no acertaba a cubrir, sino en que los otros no tomaban en cuenta tan desgarradora decisión, y se aprestaban a dialogar en los mismos términos diplomáticos, políticos, económicos e históricos a que estaban acostumbrados

7 William Robertson, *History of América*, Londres, 1777. Véase especialmente el Segundo de los dos volúmenes de que consta la obra.

por la herencia tres veces secular de la ininterrumpida plática y del permanente conflicto hispano-europeo. El vecino contemplaba nuestra voluntaria desnudez histórica con curiosidad; pero atendía más a la sombra que proyectaba aquélla; sombra en la que advertía y se le revelaba un ser histórico demasiado conocido para pasar por nuevo: a un ser hostil e hispánico por debajo inclusive de la tilma evocadora y del *colpilli* reivindicador. Por eso tal vez en el género literario anglosajón y viajero, principalmente del siglo XIX, no hay muchas novedades ni originalidades; el inglés y el norteamericano seguirán viéndonos en lo esencial y constitutivamente medular como hijos o nietos más o menos espurios y degenerados de la vieja y archidecadente España; y muy pocos, si bien los más observadores y, por lo mismo, los más brillantes y benévolo, serán los viajeros que logren desentenderse de este esquema previo para reflexionar por sí mismos sin preconcepciones y sin prejuicios especialmente.

La lista de viajeros anglosajones por el México de la primera mitad del siglo XIX es naturalmente abultada; pero antes de acercarse a ella creemos que será útil dar una breve semblanza de la centuria decimonona por lo mucho que poseyó ella de atracción para con lo romántico y forastero. El siglo XIX tuvo mucho de romanticismo militante, de romanticismo en acción; es decir, de evasión íntima que se proyectaba e hipostasiaba por medio de viajes. Este deseo, ímpetu o anhelo por lo novedoso y notorio no obedece, no se alimenta ni crece por generación espontánea, sino que se debe a una exigencia de tono parecido al que caracterizó al siglo XVI. El XIX además de un siglo romántico es también una etapa de desarrollo industrial y financiero, y, allende esto, una época en la que comienza a larvarse el imperialismo económico. Dos potencias ya desarrolladas –Inglaterra y Francia– y dos más en proceso de crecimiento –Alemania y Estados Unidos– afilan sus medios de penetración y de presión en aquellas regiones de la tierra donde los elementos de todo orden les son más propicios. Durante las primeras décadas de dicho siglo Hispanoamérica presentará una disposición y coyuntura en extremo atrayentes para aquellos países que intentaren cualquier tipo de aventura comercial, industrial o política. La disolución del imperio colonial español hacía factible la realización de un sueño alimentado hacía siglos por las naciones rivales de España. Entre las porciones desgajadas de aquel imperio ninguna más promisoría y espléndida que México. El atraso económico de Hispanoamérica proporcionaba a los contempladores un panorama que además de esotérico y

potencialmente novelesco era económicamente débil y, por ende, en sumo grado aprovechable para todo inversionista o agente internacional de negocios: el tipicismo romántico resultaba ser así un medio de penetración económica y de mediatización política. Los viajeros, pocos escapan a la caracterización que de inmediato sigue, son los agentes secretos o vocingleros, conscientes o inconscientes del capitalismo del siglo XIX; tras el fárrago lírico, tras el párrafo paisajista claro o brumoso y tras el folklorismo en barata observado se oculta y trasluce casi siempre el aguzado olfato del pachón venteador de futuros dividendos: concesiones bancarias y mineras, empréstitos ruinosos, importaciones y exportaciones, proyectos ferroviarios y de explotación perlera, organización de fábricas y otros enjuagues más o menos apetitosos –sin olvidar entre éstos los políticos–, y en última instancia, actividades más o menos descaradas de espionaje con vista a la posible rebatiña; las fuerzas todas del capitalismo despiadadamente puestas en circulación.

El viajero Alejandro von Humboldt al inaugurar –disimulemos la rigidez de las fechas– el capítulo viajero sobre el México del siglo XIX contribuiría directa e indirectamente, según es sabido, a despertar el entusiasmo europeo por las fáciles inversiones y buenos negocios a costa de México. Con su famoso *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* (1811) Humboldt proporcionó una excelente arma científica con la que derrumbar las murallas de la China occidental,⁸ que había sido la Nueva España, y puso de moda a México en medio de una época enfebrecida por la especulación industrial-mercantil y literario-romántica. Aprovechando los materiales sólidos aunque dispersos de sus predecesores los sabios novohispanos del siglo XVIII –como con justicia ha subrayado Arnaiz y Freg– Humboldt construyó una obra despampanante plena de aciertos y asimismo de errores; si bien, justo es confesarlo, hay más, mucho más de los primeros que de los segundos. Empero no nos interesa hacer el balance, porque lo que más nos importa ahora subrayar es que a partir de su obra no habrá ya viajero que, decidida su gira a México, no se traiga muy leído el *Ensayo*. La preocupación o manía de todo viajero una vez que pisaba la tierra mexicana era comparar y aquilatar la realidad que comenzaba

8 Brantz Mayer, el viajero que es motivo de este texto y al que por fuerza hemos rehuído hasta ahora con objeto de acercarnos a él más adelante, con mayor comodidad y eficacia, aludía a este hecho censurando que el exclusivismo español hubiese erigido en el Nuevo Mundo “una especie de China en miniatura” (p. 380).

a desplegarse ante él con la que traía muy bien aprendida; de aquí que la obra de Humboldt fuera ante todo la piedra de toque para la curiosidad y comprobación foráneas; en suma, en todo viajero se hallará en potencia un crítico severo de Humboldt y un espíritu emulador deseoso de sobrepasar, aunque inútilmente, la obra del sabio alemán. El desencanto de otros viajeros se presenta también indisimulable sobre todo frente a las notas optimistamente humboldtianas sobre las riquezas y posibilidades novohispanas.⁹

Como indicábamos líneas atrás, la amplitud del género es enorme; pero especialmente las obras anglosajonas que aparecieron en el siglo XIX suman ellas casi tres veces el número de las escritas en las tres centurias anteriores. En esto no hay mucho de raro, supuesto que al México independiente le plugo, como a nueva y confiadísima nación, abrir de par en par sus puertas para recibir por ellas toda suerte de apetencias e influencias. La dolencia, con todo, del género reside en su vastedad, tanta que quererlo abarcar en su conjunto resultaría empresa frustránea; de aquí, pues que nos impongamos un resumen bibliográfico del mismo para el siglo XIX y, dentro de éste, para su primera mitad; y no es casual ni caprichoso, como sin duda no escapará al lector, el que escojamos como fecha tope, digamos por ejemplo 1847, porque a partir de tal año la visión viajera anglosajona, aunque temáticamente continúa siendo la misma, se matiza con una orientación diferente al quedar convertido México en el vecino y amigo menor; al eliminarlo, pues, como posible rival en el campo de acción de la América Septentrional. La actitud crítica seguirá siendo demoledora, implacable; mas se advierte un dejo protector que antes de 1847 sólo aparecía en algunos viajeros de modo circunstancial y sin que fuese motivo de un tema expreso. Más aún, a partir de tal fecha la cantidad y, especialmente, la calidad de las obras viajeras disminuyen salvo excepciones; únicamente a partir de 1910 hasta nuestros días la curva del interés viajero anglosajón ha ido ascendiendo hasta alcanzar hoy una altura tal que si en ella lo cuantitativo corriera pareja con lo cualitativo sería, en verdad, una cosa harto halagüeña para México.

Del abundante y enredado panorama viajero de la primera mitad del siglo XIX destacan especialmente los nombres siguientes: Joel Poinsett (*Notas*

9 Entre otros, por ejemplo, H. G. Ward (*Mexico in 1827*, Londres 1829, p. v. y II, 3, 188), R. W. H. Hardy (*Travels in the interior of Mexico in 1825, 1826, 1827 & 1828*, Londres, 1828, p. 9), y Poinsett en sus famosas *Notas*, en cien lugares.

sobre México, 1822); H. G. Ward (*México en 1827*, 1828); Mark Beaufoy (*La Ilustración mexicana demostrada con hechos*, 1828); W. Bullock (*Seis meses de viaje y estancia en México*, 1824); y Francis Erskine –marquesa de Calderón de la Barca– (*La vida en México*, 1843). Ahora bien, a continuación de las dos primeras, obras de diplomáticos en el sentido estricto del término, y antes, por supuesto, que la de la marquesa, queremos situar la de Brantz Mayer, que fue secretario de la legación de los Estados Unidos en México, en cuya capital vivió todo un año (1842). Una revisión erudita echará de menos algunos nombres ya consagrados, Pero nuestro olvido es intencional y voluntariamente valorativo; pues aunque reconocemos que en Robinson, Bingley, Hall, Hardy, Penny, Lyon, G. A. Thompson, Gillian, Ruxton, Taylor, Jones, Frost y en cincuenta más hay paño bastante y del mejor urdido del que cortar, también sabemos que no siempre la ponderación y el buen juicio son los hilos conductores de sus críticas; las cuales, aunque no en todos los casos justas, están muy bien sopesadas y reflexivamente distribuidas, por otra parte, en el grupo de viajeros cuyo lugar tercero ocupa con todo derecho Mayer. Asimismo, sin duda, se nos censurará la exclusión de Norman y, en especial, la de Stephens; pero la clasificación del uno y del otro creemos con justicia que mejor se deberá buscar en la catalogación arqueológica, sin que ello excluya el que ambos fueran dos excelentes cuando acuciosos viajeros, tan curiosos, entrometidos y oliscadores como los que más. A la vista de los autores que constituyen el primer grupo pudiera pensarse que nuestra simpatía o antipatía se inclina hacia los viajeros ingleses, supuesto que de los seis nombrados sólo dos son norteamericanos: Poinsett y Mayer; pero bueno será insistir en el hecho de que Norteamérica no rompió al independizarse el cordón umbilical que la nutría y enlazaba con la cultura inglesa.¹⁰ La literatura viajera anglosajona no conoció barreras nacionales y saltó empaquetada de Londres a Nueva York y de Nueva York a Londres cumpliendo con la parte alícuota que le correspondía en el vasto proceso cultural de lengua inglesa: a veces, como ocurrió con el célebre libro de la marquesa Calderón de la Barca, la edición se realizó simultáneamente en Londres y Boston (1843); o como también aconteció con el libro de Mayer, que se publicó al mismo tiempo en Londres, París y Nueva York. Esta literatura político-viajera de lengua inglesa respondía por

10 Mayer subrayará esta dependencia con contento y la pondrá como modelo ante México, que no seguía ni podía seguir dicho ejemplo (p. 385).

igual a las necesidades de información y divulgación sentidas por Norteamérica e Inglaterra; pero por lo mismo resulta bien fácil distinguir la nacionalidad del autor, aun sin mirar el registro de edición o la ficha del escritor, pues que cada quien se arrima a su sol nacional, que es, sin duda, el que más lo calienta; de aquí que en esta literatura viajera se pueda advertir el tema de la competencia y rivalidad económico-política angloamericanas frente a Hispanoamérica en general y en particular cara a México.

Sobre el país se concentraría la visión tradicional anglosajona, mas proyectada ahora en dos corrientes antagónicas, de las cuales el propio Mayer, como correspondía a un consumado diplomático, será un sensible receptor.

||

Brantz Mayer llegó a México en calidad de secretario de la legación norteamericana el 12 de noviembre de 1841; es a saber por una fecha en que ya, a decir de los viajeros experimentados, no había tanto que temer del insalubre clima veracruzano de aquel entonces.¹¹ Por el 13 o el 14 de noviembre del año siguiente embarcaba en Veracruz para regresar a su país, cuya costa sur columbraría el día 20: un año justo más o menos había permanecido desempeñando sus deberes diplomáticos. Había estudiado Mayer jurisprudencia bajo la dirección de un activo político liberal del Estado de Maryland, David Hoffman, quien en 1841 emprendió una vigorosa campaña política secundando la dirección de Henry Clay, jefe del partido liberal (*whigs*) para encaramar en el sillón presidencial al heptagenario general William Henry Harrison. Brantz Mayer, bajo la tutoría política de Hoffman había trabajado para dicha candidatura dirigiéndose a los jóvenes del país por medio de las *Juventudes liberales de Baltimore*, y en 1841 tanto él como Hoffman tuvieron la satisfacción de ver a Harrison en la presidencia; el premio por los desvelos del viejo político de Baltimore había de ser la Embajada de los Estados Unidos en Austria; por supuesto, el cargo de secretario de la legación venía señalado para Mayer, mas exactamente al mes de haber inaugurado su etapa gubernamental sucumbía Harrison de neumonía (4 de abril de 1841) y se malograban, pues, las justas aspiraciones de Hoffman y, por ende, las de su protegido: el engranaje político y el azar tri-

11 Así lo escribe Mayer al Secretario de Estado, Webster, en una carta fechada en Baltimore (30 de septiembre de 1841). Véase en *Diplomatic Dispatches*, México, v. 10.

turarían las pretensiones de Mayer a pesar de su conocimiento del alemán, del francés, del italiano, y pese también a su habilidad en la composición inglesa, amén de las excelentes recomendaciones políticas que le respaldaban.

La situación política en los Estados Unidos era un poco confusa; por primera vez en la historia de la nación llegaba a ocupar la silla presidencial vacante un vicepresidente, John Tyler, demócrata virginiano. Pronto estalló la pugna entre Clay, jefe del partido según ya hemos dicho, y el nuevo presidente; la tirantez llegó hasta el rompimiento, y todos los miembros del gabinete, salvo Webster, presentaron la dimisión. El secretario de Estado se mantuvo en el cargo por dos motivos: su desconocimiento de la dirección política ejercida por Clay y la firma del tratado anglo-norteamericano del 9 de agosto de 1824 (Webster-Lord Ashburton). Dos meses después del tratado Webster renunciaba al puesto. Un año antes, por el mes de agosto, Hoffman recibió el ofrecimiento de Daniel Webster para ser nombrado uno de los representantes de la comisión mixta de reclamaciones mexicano-norteamericana, y el 16 de septiembre Mayer aceptaba del secretario el nombramiento de secretario de la legación de los Estados Unidos ante el Gobierno de la República Mexicana. Brantz Mayer venía, pues, a México en un momento decisivo para los dos países vecinos. Tyler, que había sido expulsado del partido por los *whigs*, se quedó sin partidarios, y ante esta situación no le quedó otro remedio, para atraerse gente, que estimular a la opinión pública a favor de la anexión de Texas;¹² el espíritu popular norteamericano se inclinaba a la anexión, por eso en las elecciones de 1844 la victoria sería para Polk, partidario del *destino manifiesto*, y no para Clay, que aunque también lo era lo expresaba de una manera tímida y ambigua.

Antes de arribar Mayer al México del altísimo, serenísimo y santannísimo año 41 traía una experiencia viajera notable: había viajado por la India, China, Sumatra y Borneo (1827), y tenía, pues, una visión del mundo que en aquellos tiempos resultaba insólita, fuera de lo común incluso para bastantes personajes de la época. Había nacido Mayer en Baltimore, hijo de un matrimonio de emigrantes alemanes; su padre, Christian Mayer, natural de Ulm, Württemberg, había emigrado a los Estados Unidos en 1784, en donde se convirtió en un comerciante importante de Maryland, y en donde llegó a ser asimismo

12 Cit. Samuel Bemis, *La diplomacia de Estados Unidos en la América Latina* (versión española de Teodoro Ortiz), Fondo de Cultura Económica, México, 1944.

director de la compañía local de seguros y cónsul general de Württemberg. La prosperidad económica alcanzada por el viejo Mayer posibilitó, sin duda, que Brantz pudiera realizar un tan estupendo crucero. De regreso a su patria (1828), el joven Mayer regularizó sus estudios de jurisprudencia en la Universidad de Maryland, y en todo momento tuvo como inspirador y guía, según ya una vez hemos dicho, a David Hoffman, que además de político fue un excelente profesor de la universidad y un amante de la historia; amor este último que logró inculcar a su querido y aventajado discípulo. Para 1832 tenemos ya a Brantz Mayer convertido en un flamante abogado y admitido en la barra. Poco después visitó Europa y residió en la ciudad de Ulm de donde era originaria la familia Mayer. Francia, Italia y los pequeños países centroeuropeos constituyeron, además de Alemania, su visión viajera del Viejo Mundo. Regresó a los Estados Unidos en 1834 y se dedicó activamente al periodismo y a la abogacía hasta el año de 1841 en que vino a México como secretario de la legación.

Según ya se ha dicho, Mayer permaneció solamente en la República un año; sus servicios diplomáticos se habían limitado, como él mismo lo escribiera a unos comerciantes de Providence, Rhode Island, “a las tareas oficiales que [le] imponían su gobierno y el embajador”.¹³ El general Waddy Thompson, que había reemplazado como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario a Powhattan Ellis –al que Mayer dedica el *México, lo que fue y lo que es*–, que estuvo en México desde 1836 a 1842, presentó sus cartas credenciales el 21 de abril de 1842, y desde el punto y hora en que le fueron aceptadas por el gobierno mexicano se abocó al problema de las reclamaciones económicas norteamericanas contra México, al de las tirantes relaciones texano-mexicanas y al rescate de los miembros de la expedición texana a Santa Fe (1841) que aún quedaban prisioneros en la capital (San Lázaro) y en el castillo de Perote.¹⁴ Por órdenes de Thompson, Mayer anduvo en la Ceca a la Meca reclamando la libertad de los prisioneros norteamericanos; es decir, anduvo de Bocanegra a Tornel –ministros respectivamente de la Guerra y de

13 *Dipl. Desp.*, México, v. 10.

14 Esta expedición militar promovida por el general y presidente de Texas, Mirabeau B. Lamar, fue un anticipo de la invasión norteamericana de 1847. La expedición iba mandada por el general McLeod, y como capitanes comandantes de las seis compañías iban Saldwell, Sutton, Houghton, Hudson, Strain y Lewis, que mandaba la artillería. Agregados iban además el senador texano José Antonio Navarro y el aventurero periodista Kendall, que dejó un vivo relato de la fracasada expedición conquistadora. El

Relaciones– y de éste a aquél,¹⁵ que así iban ganando tiempo frente a las arremetidas y reclamaciones diplomáticas de Daniel Webster y sus subordinados.¹⁶

El 8 de noviembre de 1842 Waddy Thompson escribía al presidente de los Estados Unidos la siguiente nota:

El reciente fallecimiento del padre del señor Mayer y la avanzada edad y enfermedad de la madre obligan al señor Mayer, en mi opinión, a regresar a la patria. Yo no tengo autoridad para darle tal licencia; pero le he expresado que, sin mayores dificultades, le dispensaría de sus servicios, y que yo mismo me haría cargo de su trabajo. Él podrá asimismo explicarle muchas cosas en relación con nuestras reclamaciones al gobierno mexicano bastante mejor de lo que yo podría hacerlo por medio de mi despacho.¹⁷

Motivos, pues, familiares y otros, sin lugar a dudas, de carácter político –Mayer nunca fue un esclavista y anexionista furibundo como lo fueron sus jefes: Powhatan Ellis y Waddy Thompson– le indujeron a abandonar México. Ahora bien, su corta estadía no le impidió del todo que pudiera contemplar y

general Armijo, gobernador de Nuevo México, pudo detener la invasión; hizo prisioneros a los texanos y los remitió escoltados hasta México. Véase en George Wilkins Kendall, *Narrative of the Texan Santa Fe expedition*, The Lakeside Press, R. R. Donnelley & Sons Co., Chicago, 1929.

15 Véase en W. R. Manning, *Diplomatic correspondence of the United States*, v. VIII, México, p. 500, doc. núm. 3 473 (20 de junio de 1842).

16 No sólo Webster, porque el fogoso general y ex presidente Andrew Jackson apremiaba también a Waddy Thompson sobre lo mismo. Véase en W. Thompson, *Recollections of Mexico*, Willey and Putnam, Nueva York y Londres, 1846. p. 303. Vid. asimismo en Manning, *op. cit.*, y en J. M. Bocanegra *Memoria de Relaciones Exteriores*, 1841-1843, Imprenta de Vicente G. Torres, México, 1844 p. XLI-LXVIII.

17 En *Dipl. Disp.*, México, v. II. Con motivo de las reclamaciones norteamericanas Bocanegra enviaba, por medio de Mr. Southall, las proposiciones mexicanas para el pago de los intereses de la deuda, con los cambios que el Gobierno de México juzgaba necesarios. Mayer estuvo muy activo ayudando a Thompson en los cambios de notas que éste tuvo con Bocanegra. Ya en Washington, Mayer sometió a un minucioso análisis de 12 páginas las proposiciones del Ministro de Relaciones de México (*Dipl. Disp.*, Méx. 11). La Comisión Mixta mexicano-americana creada por la convención del 11 de abril de 1839 no había podido ponerse de acuerdo, ni poner fin a la tensa situación; una situación que se había agravado aún más de suyo después de la expedición texana a Santa Fe, y después asimismo de la captura del puerto de Monterrey por el comodoro norteamericano Thomas Ap. C. Jones, el 19 de octubre de 1842.

admirar las tres diversiones más atrayentes que, según él, ofrecía nuestro país a la curiosidad y miradas atónitas de todo viajero: una corrida de toros, un temblor de tierra y una revolución. A Brantz Mayer le tocó contemplar una corrida, experimentar sin duda, más de un temblor y apreciar, cuando menos, los estragos producidos en la capital por el alzamiento del general Valencia en la Ciudadela (31 de julio de 1841) contra el gobierno de Bustamante. Pero todavía mejor que estos tres espectáculos fue el organizado con motivo del entierro de la pierna de Santa Anna, y que Mayer, de regreso a la capital después de una excursión de diez días por Tierra Caliente, pudo admirar en toda su ridícula y degradante pompa ceremonial (27 de septiembre de 1842).

Como de costumbre, el 6 de octubre de 1842, Santa Anna dejaba el poder en manos del general don Nicolás Bravo –que lo retendría hasta el 5 de mayo del año siguiente– y se retiraba a la hacienda de Manga de Clavo en espera de acontecimientos y, sobre todo, para no gastarse excesivamente en el ejercicio del poder. Cuando el 11 de noviembre de aquel año atravesaba Mayer muy de mañana por Plan del Río, en unión del correo y corredor diplomático M. R. Southhall y de tres o cuatro ingleses y llegaba ya de noche a Puente Nacional, con toda seguridad que escuchó hablar del turbulento general que a dos leguas de ahí reposaba de los fatigosos deberes presidenciales y recuperaba las fuerzas que nueve meses más tarde (12 de julio de 1843) habría de necesitar para encauzar de modo absoluto y despótico el régimen centralista que las *Bases orgánicas* habrían de renovar y vigorizar. Dejemos, empero, a Santa Anna consumiéndose en su incesantemente rediviva ambición, y sigamos acompañando a nuestro viajero, que ya está a punto de embarcar en el vapor *Missouri* para abandonar para siempre, y no sin cierta melancolía, la región de la “eterna primavera”, la tierra del “suelo generoso” y el país del “cielo despejado”.

Para 1844 encontramos a Mayer en Baltimore al frente del bufete que en dicha ciudad había abierto; su viaje a México le ha redespertado la vieja afición por la Historia y la Arqueología que su maestro le inculcara, y no tardará mucho en ser uno de los más ardientes y activos fundadores de la Sociedad Histórica de Maryland (1844). En este mismo año publica su primera obra formal, fruto de su experiencia viajera mexicana: *México, lo que fue y lo que es*,¹⁸ fruto asimismo de sus observaciones y recopilaciones diplomáticas, y es-

18 *México as it was an as it is*. Nueva York, J. Winchester, New World Press; Londres-París, Wiley and Putnam, 1844. Esta es la edición utilizada por el traductor y por nosotros.

pecialmente de sus desvelos de historiador. Casi estamos tentados a asegurar que Mayer antes ya de venir a México traía en su cabeza un esquema de su futuro libro; un esquema, además, muy bien henchido por las muchas lecturas, porque se hace difícil imaginar cómo pudo el diplomático y viajero recoger en un solo año tantos materiales y fuentes de información histórica y arqueológica; especialmente de estas últimas, pues que fue casi exhaustivo en aprovecharse de las más y mejores de las que se podía echar mano en su época relativas a las culturas prehispánicas de México y a los orígenes americanos.

Cuando Mayer se embarcaba en Veracruz para regresar a su país, lo más valioso que llevaba en el equipaje era, sin duda, su manuscrito sobre México; la fecha del prefacio (1 de diciembre de 1843) y la lectura del mismo nos confirman que nuestro viajero pensó naturalmente su prólogo como un adelanto sumario de lo que ya tenía redactado. Sin embargo, la obra no apareció hasta 1844; quiere decir que Mayer contó con más de un año para pulirla y para añadirle los apéndices 1, 2 y 3, que no son simples rellenos, sino partes medulares de su libro. Como los Estados Unidos —escribe un comentarista— se hallaban al borde de la guerra contra México, la obra apareció, pues, en un momento oportuno,¹⁹ y, por lo mismo, logró inmediatamente el respaldo del entusiasmo popular. El éxito de la primera edición hizo que se pensara en una segunda, la de 1846,²⁰ a la que pronto siguió la tercera,²¹ a comienzos de 1847. Como remate de esas tres ediciones, y ya firmada la paz entre México y los Estados Unidos, apareció la *Historia de la guerra*,²² que asimismo fue muy bien acogida por el público norteamericano y por el inglés. La edición simultánea de esta obra en Londres y Nueva York ejemplifica no únicamente la interdependencia cultural entrambos países, sino también las imbricaciones políticas y económicas existentes entonces como hoy entre los dos.

Entre la primera y la segunda edición de su primer libro sobre México, el infatigable Mayer, por encargo de la Sociedad Histórica de Maryland, editó el *Journal of Charles Carroll of Canollton, during his visit to Canada in 1776* (1846), trabajo valioso que mereció ser reeditado por la sociedad en 1876. Nuestro autor y editor alternaba sus afanes historiográficos con la política y,

19 J. L. W., “Mayer”, *Dictionary of American Biography*, v. XII.

20 *México as it was and it is*. W. Taylor and Company, Baltimore, 1846.

21 *Op. cit.*, G. B. Zieber & Co., Filadelfia, 1847.

22 *History of the war between Mexico and the United States, with a preliminary view of its origin*, Wiley y Putnam, Nueva York y Londres, 1848.

sobre todo, con el periodismo; tanto esto último que llegó a ser director de un importante diario, el *Baltimore American*; y su correcta pluma nutrió además numerosísimas páginas anónimas de la prensa diaria y de las revistas mensuales y trimestrales de su patria. Como presidente de la Compañía Librera de Baltimore ayudó Mayer a la construcción del edificio del Ateneo. En 1851 publicó su famoso *Tah-Gah-Jute*, libro que escribió en defensa del capitán Cre-sapt, al que se acusaba de haber asesinado a la familia del indio James Logan, y que, salvando las distancias, viene a ser el antecedente norteamericano del célebre *Yo acuso* de Zola. A esta obra siguió otra publicación sobre México en dos volúmenes: *Mexico, Aztec, Spanish and Republican: a historical, geographical, political, statistical, and social account of that country from the period of the invasion by the Spaniards to the present time; with a review of the ancient Aztec empire and civilization; a historical sketch of the later war; and notices of New Mexico and California*;²³ especie de panacea informativa capaz de curar todos los achaques de la curiosidad popular, y que viene a ser una refundición del *México, lo que fue y lo que es* y de la *Historia de la guerra*, a más de ciertos añadidos y rezurcidos históricos, geográficos y estadísticos. Pero su larguísimo título nada tiene de barroco; mas sí mucho de periodístico; periodismo del XIX, por supuesto, de mediados del siglo, para ser más exactos, y, como tal, recargado con las últimas novedades, noticias, informaciones, chismes y descubrimientos; por ejemplo, los arqueológicos, que tantísimo entusiasmaron a Mayer.

En 1852 publica también sobre historia local su *Calvert and Penn*, y dos años más tarde aparece el libro que más fama literaria ha proporcionado a Mayer, y que asimismo más traducciones ha tenido: *Captain Canet; or twenty years of an African slave*, ilustrado vigorosamente por un sobrino de Mayer, que tuvo una tirada de 10 000 ejemplares y logró además varias ediciones en Londres.

Resulta sumamente curioso observar cómo a Mayer, a pesar de sus múltiples trabajos e investigaciones históricas, no se le quitó jamás su preocupación por las cosas mexicanas; de aquí que con regularidad casi cronométrica y gran unción cada seis, siete u ocho años su pluma produjera un nuevo estudio sobre México: *Observations on Mexican History and Archaeology, with a special Notice of Zapotec Remains, as delineated in Mr. J. G. Sawkins' Drawings of Mitla*;²⁴ y en 1858 aparece su *Outlines of Mexican Antiquities*. El primer libro

23 S. Drake and Company, Hartford, 1853.

24 Washington, Smithsonian Institution, 1856

sobre México apareció cuando Mayer tenía 35 años; es decir, se trata de una obra de juventud, aunque no por eso impetuosa e irreflexiva. El segundo se publicó ocho años más tarde; es, a saber, teniendo ya Mayer los 43 bien cumplidos; obra, pues, de plena y sustanciosa madurez. Los ensayos últimos sobre México, frizando ya en los cincuenta, en total y decadentísima erudición.

Basta contrastar los títulos para percibir que a la par que se consumía la vitalidad del autor, se iban apagando su imaginación y vivez creadoras; se iba más y más fosilizando, arqueologizando. Conviene adelantar ahora que dos de las debilidades de Mayer fueron la arqueología y la antropología mexicanas; la impronta cultural prehispánica e indigenista que dejó México en Mayer jamás se le borró del espíritu. Si en el *México, lo que fue y lo que es*, se equilibran, podemos decir, las informaciones, y las novedades históricas y arqueológicas se presentan tan sólo un poco sobresaliendo del conjunto, en los demás trabajos de Mayer sobre México el predominio informativo más que sobre lo social recarga sobre lo histórico y, fundamentalmente, sobre lo arqueológico. Era natural, que ocurriese así, porque Norteamérica se andaba buscando a sí misma en todos los terrenos; se andaba justificando, empapándose de esencias americanas autóctonas, reencontrándose como cabeza rectora continental. La curiosidad que se experimenta hacia el México vecino, al que se sintió y vio antes como el rival histórico por excelencia, se ha de trocar a partir del año 47 en mera curiosidad por un México ya achicado, hispánicamente inofensivo y abrumado ahora bajo un peso cultural misterioso y apasionante constituido por un maravilloso pasado original, auténticamente americano, que estaba solamente esperando pacientemente ser revelado para ser utilizado y beneficiado por la única cultura occidental digna de tal nombre en América, la angloamericana. Tal será el sentido oculto o manifiesto, como ya tendremos oportunidad de demostrar, que guía un tanto inconscientemente los trabajos arqueológicos de Brantz Mayer, especialmente los dos últimos.

En 1867, prosigamos con nuestra información bibliográfica, Mayer publica su *Memoir of Jared Sparks*, y en 1878 aparecen su *Baltimore, Past and Present*, y la *Memoir of Genealogy of the Maryland and Pennsylvania Family of Mayer*, obra ésta con la que da cima a su labor de historiador; obra cumbre, por otra parte, pues que con ella llega a lo máximo que le es dable aspirar a todo amante o sectario de Clío, a historizarse a sí mismo –siempre que valga la pena–, a hacerse sujeto y tema expreso de su propia soberbia e investigación históricas.

Modernamente, la obra literaria de Mayer no ha sido reeditada; sus valores fundamentalmente románticos pasaron de moda, y el nombre de Mayer sería hoy casi totalmente desconocido, a no ser por el interés que siempre despierta su producción viajera, pese al tiempo en que fuera escrita; lo que solamente puede explicarse teniendo en cuenta la permanente curiosidad norteamericana por las cosas de México y la constante interacción histórica que existe entre ambos países. Únicamente así podríamos admitir que el pensamiento viajero de Mayer estuviese todavía vigente por lo menos para cierto sector de opinión –o de afición– norteamericano; porque sólo así podríamos explicarnos las siete ediciones que un refundidor y comentarista de Mayer ha lanzado al público recogiendo aquí y mutilando allá las impresiones de Mayer sobre México e Hispanoamérica.²⁵

Para terminar este apartado aún nos resta añadir algunas noticias biográficas de Mayer. Durante la guerra civil de secesión de los Estados Unidos fue elegido presidente del Comité Central de la Unión de Maryland. Su espíritu, cara a la guerra civil, se inclinaba a la conciliación. En 1862 fue nombrado brigadier general de los voluntarios de Maryland y actuó activamente reclutando hombres. Tuvo posteriormente diversos cargos en el ejército, y para 1866 alcanzó el grado de teniente coronel, a cuyo empleo fue promovido el 24 de noviembre del año anterior. Especializado de pagador continuó en el ejército hasta el año de 1875, en que se retiró con el grado de coronel. Los últimos cinco años de servicio los pasó destinado a California; la tierra que le haría recordar lo que él había aconsejado para preservarla libre de los apetitos europeos y de la balanza de poder: la debilidad del vecino poseedor (México) imponía la obligación a Norteamérica de mantener aquel inmenso territorio californiano intacto y bajo la fórmula política republicana.²⁶ La protección, pensaría pues el honorable Mayer, había resultado excesivamente protectora. El 23 de febrero de 1879 dejaba Brantz Mayer de existir. Norteamérica perdía con él a un hombre honrado, a un estudioso infatigable y a un hábil escritor;

25 *México, Central América and West Indies*; ed. *From the work of B. Mayer*, by Frederick Albion Ober, Ed. Luxe, Filadelfia, J. D. Morris and Company, 1907; *Id.*, University Ed., Nueva York, P. F. Collier & Son, 1913; *Id.*, Ghent Ed., Nueva York, P. F. Collier & Son, 1916; *Id.*, Memorial Ed., Nueva York, P. F. Collier & Son Co., 1928; *Ibid.*, 1932; *Id.*, P. F. Collier Corporation, 1936. *Ibid.*, 1939.

26 Véase el final de la sección relativa a “Las Californias” del apéndice I, p. 466 ss. Compruébese que el apéndice no está de relleno según dijimos.

México, un simpatizante; también a un afanoso investigador y difusor del pasado prehispánico y de la cultura mestiza.

III

Si nos detenemos, siquiera sea un momento, a considerar el título del libro de Mayer, *México, lo que fue y lo que es*, pronto salta a la vista que dicho título, que es traducción fiel del original inglés, acusa una doble designación, una división temática muy marcada y perceptible: por un lado, se trata de dar una visión del México del pasado; por el otro, de proporcionar un panorama lo más exacto del México presente o contemporáneo; queremos decir del que para Mayer era actual o coetáneo; esto es, del México de los cuarenta. Existen, por tanto, dos Méxicos a los que nuestro autor presta atenta devoción, mas el del pasado es para Mayer exclusivamente el prehispánico, y el actual es fundamentalmente el independiente. Hay, por consiguiente, un equilibrio informativo bastante estable, y que por lo mismo no se rompe pese incluso a las noticias que de la conquista española y del mundo colonial interpola Mayer para ser históricamente consecuente con su relato. La conquista es un drama, es la barbarie y el fanatismo de los españoles, que atraídos por las inmensas riquezas mexicanas irrumpen sobre el Ática indígena mexicana para saquearla y destruirla. Las fuentes de Mayer para enjuiciarla son dos: Robertson y Prescott; más el primero que el segundo. Tras esta condena, más fundada en el dolor arqueológico que en el humano, Mayer adelanta rápido y casi escamotea tres siglos de historia colonial –un hueco que en su segundo libro sobre México rellenará cumplidamente–; empero, no debemos censurarle mucho por ello, porque él lo hace sinceramente siguiendo el dictado de la moda histórica de su tiempo, muy desdeñosa, hostil e insurgente en aquel entonces –y no le faltaban razones– hacia todo lo español.

El pasado mexicano que apasionó a Mayer fue el arqueológico, el de las grandes y misteriosas culturas indígenas que desde la destrucción española yacían olvidadas.²⁷ ¿Pero se trata de un caso aislado el de la curiosidad y el amor de Mayer por el pasado prehispánico? No, claro está que no. Ya hemos insinuado que existía toda una corriente arqueológica norteamericana inte-

27 Siguiendo a Stephens, Mayer erraba al considerar que la gran cultura maya del Nuevo Imperio fue contemporánea de la conquista española, y por la conquista destruida.

resada en descubrir y vindicar para sí el pasado monumental indígena; faena que era factible supuesto que los poseedores de dicho pasado lo desdeñaban e ignoraban a posta. Mayer censurará la apatía y desinterés que se mostraba en México por las cosas prehispánicas; salvo el historiador Bustamante, el director del Museo; don Isidro Gondra, el señor De Laguna y don José Mariano Sánchez y Mora, exconde del Peñasco, se apresura a indicarnos muy republicanamente Mayer, nadie sabía nada, y a las preguntas del curioso diplomático se contestaba muy a la mexicana con un evasivo y descomprometedor “quién sabe”. Nuestro diplomático y arqueólogo no fue sino un investigador más entre la brillante legión de “escritores norteamericanos” –dicho sea citando al propio Mayer–²⁸ que habían suscitado en los Estados Unidos un interés reciente y un afecto natural para con todos los monumentos de la historia continental. Como pronto podrá comprobar el lector, Mayer, en lugar de escribir “la historia continental”, escribirá “nuestra historia continental”; un modo americano de hablar en el que el *nuestra* viene a ser también la apropiación de unos bienes culturales mostrencos que habían sido abandonados y olvidados por sus legítimos dueños. Hagamos, empero, un alto explicativo en nuestro camino arqueológico: los libros que más expectación y luz arrojaron sobre el tema prehispánico fueron los dos publicados por el incansable viajero y explorador Stephens;²⁹ ambos constituyeron la culminación del pensamiento arqueológico norteamericano cara al pasado indígena. Y sin que nuestro intento sea abocarnos al estudio de la historia de la historia de la arqueología norteamericana, podemos afirmar que en la época de Stephens los investigadores estadounidenses estaban divididos en dos grupos –que no eran, en suma, sino prolongación de un ya tradicionalísimo problema y de una añeja división–: el de la dependencia cultural de las civilizaciones indoamericanas respecto al Viejo Mundo (Egipto, Mesopotamia, Palestina, Atlántida, China, India, Grecia, Roma, Cartago, etcétera) y el de la autoctonía o antibíblico que muy patrioteramente y americanamente rechazaba tal dependencia, aunque no sin cierto malestar heterodoxo. Aparentemente la división era solamente científica; pero por debajo de la ciencia se ventilaban muchas aspiraciones y reivin-

28 Prefacio, p. 4-5.

29 John Stephens, *Incidents of travels in Central America, Chiapas and Yucatán*, Harper & Brothers, Nueva York, 1841. Ed. Simultánea en Londres por J. Murray; *Ibid.*, 1943. Nosotros hemos utilizado la traducción realizada por Justo Sierra O'Reilly, *Viaje a Yucatán*, con prólogo de César Lizardi Ramos, 2a. ed., México, 1937.

dicaciones que tenían por meta una exigencia dramática: la total independencia de criterio cultural; especie de monroísmo arqueológico que, como el político del que se sirviera como inspirador, aspiraba a la más plena liberación intelectual e histórica respecto del Viejo Mundo: autoctonía cultural a toda costa. Además, para Norteamérica el reconocimiento del pasado indígena prehispánico, como *su pasado*, le proporcionaba la posibilidad de proyectarse sobre el continente todo para saturarse de americanidad; una acción que, además, le otorgaba una función rectora continental verdaderamente auténtica y envidiable; ahora sí podemos ya ir entendiendo por qué para Mayer la conquista española es la destrucción del Ática indígena mexicana, que tal es la categoría cultural que otorga, y no por hacer una frase, al Anáhuac; con lo que los *aztecas* se convierten en los clásicos de América, en nuestros griegos.³⁰ Y ya en plena euforia comparativa, Quetzalcóatl viene a ser el dios de la felicidad, al igual que lo fue Saturno en cierta época entre los helenos, y siguiendo fielmente a sus modelos (Stephens), Mayer proclamará que la escultura azteca podría ser digna del cincel de un escultor de la antigüedad. Percibiendo tal vez Mayer que sus afirmaciones levantarían murmullos con miserativos y críticas desdeñosas, se dispone a exonerar al pasado indígena de las últimas condenaciones con que los historiadores y arqueólogos europeos antiguos y modernos –salvo excepciones– habían negado dicho pasado al calificarlo de bárbaro, y recurre para tal faena a una comparación que habría de hacer pupa entre los investigadores del Viejo Mundo, que tan orgullosos se mostraban de la herencia esplendorosa egipcia, si las pequeñas piezas indígenas –viene a escribir Mayer con gran ironía– reveladoras de un culto fálico no sirven para establecer la supuesta conexión entre los egipcios y los mexicanos (dicha conexión era prueba de subordinación y dependencia), a lo menos “ciertamente presenta[n] el mismo descuido de la decencia que caracterizaba a la gran ‘madre del arte y de la civilización antiguos’”.³¹

Existía un pasado indígena prehispánico que poseía dos características que hasta entonces habían estado en capilla de incertidumbre: la de ser *bello* y *civilizado*. Pero como Stephens había podido demostrar ampliamente tales

30 Como es sabido, esta idea fue también la del México independiente: La Independencia se vio como la reanudación del pasado indígena ya liberado en los tres siglos de dominio español. La conciencia novohispana también había a su tiempo considerado dicho pasado como algo propio (Sigüenza y Góngora).

31 Carta XVI, p. 131.

extremos hasta entonces dudosísimos,³² Mayer se afiliará sin más a ellos, y en pos de su dechado manifestará que Palenque, Uxmal, Copán, México, Xochicalco, Teotihuacan, Cholula, Papantla, Tuzapan y Mitla fueron centros de pueblos civilizados,³³ y que en México el *emperador azteca* vivía en su palacio en medio de un esplendor casi oriental.

Tornado a Stephens, debemos insistir en que su gran aportación a la arqueología americana no radicó tanto en sus grandes descubrimientos, sino en el sentido que imprimió a los mismos al declarar *bellos* los restos escultóricos y arquitectónicos de los mayas del antiguo y nuevo imperio. Su mensaje estético purgaba al pasado prehispánico de sus postreros residuos negativos y demoníacos, y lo liberaba al mismo tiempo de la calificación bárbara con que Europa lo había otrora rechazado.

Por supuesto, no es Stephens un Worringer interesado en demostrar la voluntad artística de los arquitectos, escultores y pintores mayas prehispánicos, porque lo que a él se le reveló, lo que él percibió fue un pasado arqueológico indígena tan hermoso y digno de interés para América como lo era el grecorromano para Europa; en una palabra, el pasado maya en particular, y en general todo el pasado indígena continental, se constituían en la *herencia clásica inspiradora de Norteamérica*. Mayer, según hemos visto, siguió en todo

- 32 *Incidents*, I, 102-104; II, 429; *Viaje*, II, 31. Desde luego bastante antes que Stephens lo redescubriera, un jesuita, el padre Pedro José Márquez (1741-1820) había proclamado y definido los valores estéticos de las culturas *mexicanas indígenas* en su *Due antichi monumento di architettura Messicana* (Roma, 1804). El antecedente del padre Márquez se ha de buscar en Sigüenza y Góngora, en Alzate y en León y Gama; pero especialmente, y no porque se refiera a México, en el jesuita Anastacio Kircher (1602-1680), que fue el primero que se interesó en Europa por un arte no estrictamente cristiano occidental ni clásico, y que abrió camino para la comprensión de las artes hasta entonces consideradas bárbaras; es decir, no europeas. En su *China monumentis que sacris, que profanus nec no variis nature & artis spectaculis, aliarumque rerum memorabilium argumentis illustrata* (Amstelodami, 1667), inició el método que bien pronto sus hermanos espirituales iban a seguir con Egipto, Babilonia, Persia, etc. Ciento treinta y siete años después de haber aparecido la versión latina de Kircher, o ciento treinta y cuatro, es decir, tres años antes si queremos considerar la versión francesa publicada también en Amsterdam (1670), apareció la obra de Márquez, que se inspiró en el método de Kircher; pero en la cual alienta un espíritu nacionalista que en el jesuita alemán no podía aparecer. Tenemos una versión española de la obra de Márquez: “*Dos antiguos monumentos de arquitectura mexicana (Xochicalco y Papantla)*”, *Anales del Museo Nacional de México*, v. 2 y 3, Imprenta de Ignacio Escalante, México, 1882.

- 33 Carta XXV, p. 347.

el camino y las derivaciones estéticas de la ruta marcada por Stephens; pero como buen discípulo, se empeñaría en añadir algo propio y fundamental a la teoría del maestro. Afiliado Brantz Mayer a la corriente de la autoctonía cultural del pasado indígena –lo que no quiere decir que no recoja en su libro la corriente informativa interesada en la borrascosa discusión sobre los orígenes americanos–, su aportación consistió en establecer las relaciones de semejanza artística entre las grandes culturas mesoamericanas; así por ejemplo, y no le falta olfato, las existentes entre los bajorrelieves de la piedra de Tízoc –a la que él denomina, siguiendo la inspiración popular, piedra gladiatoria o sacrificial– y ciertos diseños realizados por Catherwood, el gran dibujante inglés que acompañara a Stephens, en Chichén Itzá y Palenque.³⁴ Fundado también en razones parecidas, establece la conexión asimismo artística entre la pirámide de Xochicalco, que él estudió *in situ*, y los monumentos de Uxmal y Palenque –lo que hizo en realidad Mayer fue comparar los dibujos de Catherwood con los que de Xochicalco hizo Nebel–,³⁵ y la existente entre un mural de Mitla y los consabidos dibujos de Catherwood. Establecidas, pues, de un modo indudable las interdependencias culturales mesoamericanas, cosa que ya hoy nadie duda, el siguiente paso de Mayer será demostrar que dichas interdependencias eran extensivas asimismo a las culturas indígenas sudamericanas; y para demostrarlo afirmará que cierta cerámica peruana existente por entonces en los museos y colecciones privadas de los Estados Unidos no era distinta a la encontrada en la Isla de Sacrificios, Veracruz.³⁶ Asentado esto, se abría paso Mayer hacia una afirmación más trascendentalmente arqueológica: que todas las culturas indígenas prehispánicas estaban emparentadas entre sí, sin excluir siquiera las modestísimas descubiertas en territorio norteamericano. Así, por ejemplo, lo demostraban las hachas de piedra, una descubierta en Maryland; otra hallada en San Luis Potosí.³⁷ Y para disipar las dudas sobre la semejanza cultural, nos presenta una lámina en su libro donde aparecen representadas las dos hachas. Además, para llevar adelante su plan,

34 P. 158. Realmente Stephens, leyendo a Nebel, ya había establecido dicha relación artística. Ahora bien, en lo relativo a Palenque tanto Stephens como Mayer se equivocaban.

35 Vid. p. 236-245; Carlos Nebel, *Viage pintoresco y arqueológico en la República Mexicana (1829-1834)*, París, 1839. En gran folio.

36 Carta XXV, p. 338.

37 Carta XVI, p. 131.

Mayer no tiene inconveniente en relacionar la mano abierta estampada que como adorno o símbolo mágico-religioso aparecía en la vestimenta de los pieles rojas, con la que Stephens encontró en casi todos los templos que él explorara. ¿Y a dónde quería ir a parar con todo esto nuestro buen diplomático y excelente arqueólogo? Mirándolo bien, ya se le había adelantado Norman al considerar que una misma raza era la de los *mount builders* y la de los constructores de las ciudades mayas.³⁸ Pero precisamente, aunque supiese Mayer que él no era original al admitir tal identidad o unidad de cultura, el hecho de aceptarlas entrañaba una gran intencionalidad. Con la aceptación de semejante base arqueológica se establecía de modo que no admitía dudas la legitimidad de un derecho norteamericano que hacía suyo por razones de primacía en el estudio, y fundamentalmente por razones y exigencias de la unidad continental la totalidad del pasado cultural de los indios del continente: Norteamérica había instrumentado estética y unitariamente el pasado prehispánico, y se lo había naturalmente apropiado con el sano intento de así poderse traducir en esencias propiamente americanas; los *vecinos* poco tendrían que alegrar, dada la indiferencia y hasta el menosprecio con que veían aquel pasado, según ya se dijo, y si no ahí estaba el caso patente de Stephens, que compró las ruinas de Copan en cincuenta dólares, y que a punto estuvo de adquirir las de Palenque por otra suma no menos irrisoria. Bastante han censurado los críticos y especialistas los errores arqueológicos de Mayer; pero debemos ser benevolentes, teniendo en cuenta la oscuridad arqueológica de su tiempo, y no perdiendo de vista cuál fuera la intención y entusiasmo americanos que le guiaban y le llevaban a errar. Amén de que incurre en errores deliciosos: como cuando confunde el chapulín con un grillo; al sapo con un dios al estilo de los egipcios, en lugar de ver en el bajorrelieve el nahual o disfraz de la diosa Tierra; o como cuando imagina, siguiendo en esto a Latrobe, otro viajero, a la fauna antediluviana, a los proboscidos –digamos nada menos que a todo un unguiladísimo señor *Archidiskodon imperator*– sirviendo de bestias de carga y arrastre a los hombres teotihuacanos o a sus epígonos tulenses. Muchos son, pues, los enredos arqueológicos de Mayer; más no tan graves que nos obliguemos a abrumar al lector con un diluvio de notas aclaratorias, que a la larga aclaran poco, y que acabarían por aburrirlo; ahincando en lo dicho, las hemos limitado a las estric-

38 Véase B. M. Norman, *Rambles in Yucatan*, J. & H. G. Langley, Nueva York, y Thomas, Cowperthwait & Co., Filadelfia, 1853, p. 171.

tamente imprescindibles; pero bueno será decir desde ahora que para el especialista o el técnico dichas notas han de carecer por fuerza de novedad.

Hay una virtud estudiosa en Mayer que no queremos callar, porque ella presta a *México, lo que fue y lo que es* el valor de una fuente preciosa de conocimientos históricos-arqueológicos; mucho más de los segundos que de los primeros. Esta virtud de Mayer consiste en el carácter compendioso de su obra, porque en ella, aunque en forma fragmentaria y excesivamente dispersa e inarticulada, pese a su obsesión continentalista y unitaria, se hallan resumidos con cierta brillantez los conocimientos arqueológicos de su tiempo sobre las culturas mexicanas de la Mesa Central. Su libro marca precisamente el nivel alcanzado en el saber del pasado prehispánico monumental en la primera mitad del siglo XIX.

Digamos asimismo desde ahora que este tema arqueológico, como otros que abordaremos a continuación, no se presenta organizado estructuralmente en la obra de Mayer; tratándose, como en este caso se trata, de un diario –el ideal de todo viajero del siglo XIX fue escribir su diario–, las reflexiones dependen mucho del azar y de las circunstancias en que se presentan los hechos y se experimentan las impresiones. De todos modos, los temas obedecen al mecanismo conceptual insuflado por Mayer, y nuestro intento será poner al descubierto la delicada estructura de cada tema para mejor entender a nuestro autor y situarlo en su tiempo.

La otra división temática corresponde al México *presente* coetáneo de nuestro autor; los temas y subtemas abordados por Mayer son riquísimos y numerosos; mas entre todos destaca el que vamos a denominar religioso; asunto candente y no menos apasionante para Mayer que el arqueológico. Él no podía ser ajeno al tema religioso-crítico por muchas y poderosas razones, especialmente porque era un tema histórico tradicional, y por ser él, Mayer, un norteamericano liberal, republicano y protestante: miembro de la Iglesia Unitaria, es decir, de una secta panteísta, antidogmática y, sobre todo, liberal.

El lector echará tal vez de menos las notas que debiéramos haber escrito con motivo de las ironías e incluso sarcasmos con que Mayer se ocupa de aspectos tan delicados como lo son sus impresiones sobre las visitas hechas por él a la Basílica de Guadalupe o a la iglesia donde se encuentra la Virgen de los Remedios; pero creemos más oportuno dejar que cada quien urda sus notas a su propio gusto, para no caer nosotros en discusiones enojosas hijas de la pasión o del sectarismo de los creyentes y de los agnósticos.

Las críticas de Mayer contra la Iglesia mexicana se hallan profusamente desperdigadas por toda la obra; pocos capítulos se encuentran libres de tal o cual puyazo atizado con o sin conocimiento de causa esencial contra el catolicismo. El tema crítico-religioso que abordó Mayer dio lugar en la propia Norteamérica a grandes controversias, pues si bien hubo muchos que le aplaudieron, asimismo no pocos se lo afearon; por ejemplo, el reverendo Mr. Verot;³⁹ pero es justo aclarar que Mayer, según él mismo lo dice, no quiso atacar la fe ni las instituciones de la Iglesia. No es posible recoger, y además sería infructuoso, todas las censuras que Mayer dirigió contra la Iglesia mexicana; mas éstas las podemos agrupar en tres apartados: a) críticas de carácter dogmático, que son precisamente las más abundantes y crasas, y las mismas que desde la época de Lutero se venían repitiendo contra el catolicismo; b) críticas a cuenta de las inmensas riquezas acumuladas por la Iglesia y sustraídas a una activa y productiva circulación (suntuarias, de manos muertas);⁴⁰ c) críticas al sistema católico misionero, que contra lo que pudiera creerse no es un tema novedoso ni original, mas de antiquísima solera histórica, como que se remonta a la *Brevísima lascasiana* y a la controversia evangelizadora entre los misioneros católicos y los misioneros puritanos y *santos* de la Nueva Inglaterra.⁴¹

39 *United States Catholic Magazine*, marzo, 1844. Cita B. Mayer, *Mexico, Aztec, Spanish and Republican*, op. cit., v. I, p. 147, n. I.

40 La fuente de Mayer, declarada por él mismo, es la obra de Otero, *Cuestión social y política*. Mayer, admite empero, el valor moral de la Iglesia mexicana y la protección semi-patriarcal que proyectaba sobre la población rural y ciudadina económica débil, especialmente los indios; pero reconoce que tal sistema era anticuado, antiprogresista y antieconómico. Fundado doctrinalmente en Vattel (*Derecho de gente*, 1757), y especialmente en la enajenación de los bienes de la Iglesia efectuada en España y sus colonias (La Habana, según Mayer) desde 1834 a 1842 (Leyes de Mendizábal), propone y justifica la necesidad de que el gobierno enajenara, a imitación de España, los bienes del clero para extinguir la deuda nacional, un anticipo, como se ve, de las reformas juaristas.

41 Aunque el tema es atrayente, no le podemos dar cabida aquí; solamente podemos señalar que Brantz Mayer, fundado en argumentaciones parecidas a las razonadas en el siglo XVII por los eclesiásticos puritanos, insinuará la necesidad de adquisición, por parte de su país, de los territorios novomexicanos y californianos. A cuenta de la infructuosa evangelización católica realizada en California, Mayer justificaba la anexión. El otro argumento anexionista era político: el temor a las intromisiones inglesas. Al parecer, Inglaterra pretendía liquidar la deuda mexicana a cambio de California. Véase en Alexander Forbes –al que cita Mayer sin el registro bibliográfico correspondiente–, *California. A history of Upper and Lower California*, Londres, Smith, Elder and Comp., 1939.

Usando de cierta ligereza, podríamos atribuir las críticas de Mayer a su formación espiritual protestante, porque por los cuarentas del siglo XIX aún reñían sus disimuladas batallas políticas, económicas y dogmáticas el catolicismo hispánico y el protestantismo anglosajón; pero hay que desechar, si bien no totalmente, tal posibilidad en el caso de Brantz Mayer, por pertenecer a una secta que, como hemos dicho, era enemiga de las controversias y enredos dogmáticos, incluso si el antagonista fuese nada menos que el catolicismo oficial. Tendremos, por tanto, que dirigir ahora nuestro pensamiento hacia la explicación objetiva e imparcial para intentar hallar una explicación a las críticas de Mayer. Considerado así el caso, dichas críticas no serían sino fiel reflejo de la miserable realidad religiosa mexicana aprehendida por el ilustre diplomático; pero apresurémonos a declarar que no tenemos la menor fe en la tan decantada objetividad e imparcialidad de las opiniones y hechos humanos, por tanto, hemos de proseguir la tarea hasta dar con el motor que movió a Mayer a la tarea de censurar. Dijimos líneas arriba que Brantz Mayer era republicano y liberal, amén de protestante; pues bien, en las dos primeras ideas ético-políticas de nuestro hombre está el resorte que buscábamos. Se trata, según nos parece, de un claro caso de incompatibilidad: la que se establece entre las ideas republicano-liberales y las creencias católicas. Para Mayer resulta incomprensible y absurda la veneración nacional de la Virgen de Guadalupe en una República; claro que no nos los dice abiertamente, pero no deja de subrayar que el presidente (Santa Anna) y su pequeña corte militar se hallaban en la basílica manteniendo con su característica gracia y decoro la reputación de sus conciudadanos.⁴² También le parece disparatado y antirrepublicano que el general Valencia, con motivo de la festividad religiosa nacional, agasajase a su mujer, que, por supuesto, se llamaba Guadalupe, y que en un baile y cena dados en honor de la señora se gastaron 4000 pesos, cuando en los Estados Unidos un festejo parecido sólo hubiese costado 500. La invitación hecha a todo el cuerpo diplomático acreditado en la capital para asistir a la lúgubre ceremonia religiosa de llevar el viático a la esposa del propio Santa Anna le parece cosa pintoresca, mas también ridícula; sin encajar

42 “El mismo refinamiento de modales, la misma gracia y donaire, el mismo perfecto decoro que caracteriza en sus casas a los mexicanos bien nacidos los acompañan en la iglesia; y el Presidente y su pequeño cortejo militar mantuvieron en esta ocasión por todo lo alto la reputación de sus conciudadanos”, p. 96.

dentro de la seca rigidez de los auténticos principios republicanos. Por razones análogas juzga desatinada una Constitución que rechazaba la libertad de cultos; por eso Mayer, en su plan regenerador (punto 13), exige la libertad religiosa y la enajenación y venta de las tierras pertenecientes a la rica e influyente Iglesia mexicana (punto 7). Hemos hablado de un plan político regenerador propuesto por Mayer para la salvación de la República, y será conveniente señalar que dicho plan no es ninguna especulación arbitrista, sino un razonado programa de reformas republicanas, liberales y burguesas. Mayer, a diferencia de otros viajeros que solamente tenían ojos para criticar, presenta un generoso proyecto cuya falla principal estaba en que para México era impracticable. De nuevo nos encontramos con la incompatibilidad antes subrayada; el intento de Mayer era bueno, mas estaba pensado para un país que, de modo parecido a los Estados Unidos –que era lógicamente el modelo del autor–, poseyera una poderosa clase media burguesa capaz de regir el presente y señalar el futuro de la nación; empero, en México tal clase era débil e incipiente y estaba por lo mismo triturada entre las grandes presiones políticas y económicas que desencadenaban y decretaban –así lo admitía nuestro proyectista– el ejército, el clero y la aristocracia terrateniente; en suma, el programa republicano y económico-burgués era excelente, pero no podía experimentarse. Con tal de sacar a flote a la República del naufragio económico y religioso, imagina Mayer un golpe efectivo y genial para desposeer a la Iglesia: Santa Anna –piensa nuestro autor, que sentía una gran debilidad por el famoso general– bien podría armonizar los intereses hasta ahora opuestos e irreconciliables, haciendo por su país lo que Enrique VIII hiciera por el suyo, Inglaterra; mas incluso este inesperado papel reformista resultaba demasiado audaz para el audacísimo Santa Anna, tan acostumbrado a representar toda suerte de dramas, comedias y hasta sainetes.

Los terribles contrastes económicos que por doquiera comprueba Mayer, los siente asimismo como una flagrante violación de los principios republicanos, pues que éstos eran incompatibles con la ociosidad, la miseria y la suciedad de la masa, y más aún inhermanables con la extrema opulencia de unos pocos o la insultante que avara e inútilmente atesoraba la Iglesia; la miseria y la mendicidad se compadecían difícilmente con una república. ¿Cómo es posible, se preguntará Mayer, que unos hombres –los indios– que no tienen ambición de mejorar, que viven y duermen como las bestias de campo, que carecen de aptitud para gobernarse a sí mismos, se conviertan en republica-

nos? ¿De qué puede servirle a una plebe como ésta la forma republicana de Gobierno?⁴³ Preguntas en las que si bien hay una manifiesta censura racial, también se revela el terrible desajuste percibido por Mayer entre los ideales y la realidad. Hay que borrar esta deshonrosa e hipócrita libertad de que se hace gala –trueno Mayer– en tanto que no mejoren espiritual y materialmente los indios; los cuales montan –añade– a cuatro millones aproximadamente, de los siete que constituyen la población total. Sin la mejora del indio –prosigue– no habrá progreso para México, incluso no habrá seguridad de continuidad nacional.⁴⁴ Mayer, por consiguiente, analizaba la vida mexicana con toda la máxima objetividad e imparcialidad que le proporcionaban sus ojos, sus sentimientos republicanos y su formación política y filosófica; y no podía ser de otra manera. El desajuste era tremendo entre lo político y lo religioso; pero no lo era menos entre lo republicano y lo social; en suma, existía una promiscuidad de principios y realidades en verdad repelente: una convivencia que para Mayer era repugnante, y a la que aludirá casi siempre de modo tácito.

Acostumbrado tal vez Mayer a la democracia aplebeyada y grosera impuesta por Jackson, que se manifestaba incluso en la propia Casa Blanca de un modo casi brutal en días de recepción, la etiqueta, la suntuosidad, el modo imperial hispánico de sentir y expresar en moldes tradicionales la republicanidad y toda la *parafernalia* de la *corte* santannesca le parecen inauditos, antirrepublicanos: “Si he sido tan minucioso –escribe Mayer en su diario– en repetiros los pormenores de esta ceremonia, no es porque crea que interesan al lector las reseñas de los saludos y discursos oficiales, sino porque semejante escena se efectuó en una *República*, ante el presidente de la *República*, y en un Palacio Nacional rodeado de soldadesca, entre redobles de tambores, sonar de trompetas y demás zarandajas propias de una corte”.⁴⁵ Estas cosas no le sentaban bien a la república; pero menos casaban con ella las exhibiciones galleras y el culto al defecto nacional, que era el juego, del que hacía ostentación el propio presidente en la gruta de Alí Babá y centro de Quijotitas, catrines fachendosos y pícaros Periquillos en que se transformaba San Agustín de las Cuevas (Tlalpan) en cierta época del año (Pascua de Pentecostés).

43 p. 221.

44 p. 266.

45 Carta XIII, p. 103.

Las muestras de indiferencia republicana las hallaba Mayer aun en cosas muy ajenas a la robustez de los principios políticos. La obsequiosidad y la cortesía mexicanas, aunque agradables, le parecen resabios de la “vieja escuela”; es decir, supervivencias aristocratizantes del antiguo régimen. Las corridas de toros, las riñas de gallos, el juego, son modos irrazonables e inmorales de regocijo popular: indignos –lo da a entender Mayer– de una república; excitantes de las más viles pasiones. Más aún, incluso en las modas ve Mayer, y en esto coincide con otros muchos viajeros, motivos de tibieza: la mantilla, la airosa y señorial mantilla hispánica usada entonces por las bellas no solamente en México, sino también en todo el ámbito cultural y sentimental hispánico, es una prenda condenable por aristocrática. No es que a Mayer le parezca fea o de mal gusto; sino que él simpatiza con el sombrero (*bonnet*), pese a que lo encuentra horrible, y por eso se regocija en su fuero e interno del hecho de que cuando él arribó por primera vez a la capital tales casquetes eran raros de ver; mas cuando partió estaba gradualmente poniéndose de moda entre las damas.⁴⁶ La mantilla y los trajes serios, ya de terciopelo, seda o encaje, constituían la suprema elegancia de las damas mexicanas; el severo y aristocrático color negro era el tono predominante en el paseo, en el teatro y aun en la casa; pero a partir de la segunda década del siglo XIX los gustos comenzaron a cambiar y principiaron a usarse los tonos claros y alegres en los vestidos femeninos: muselinas blancas, calicots estampados y diversos géneros atractivos de Manchester y Glasgow:⁴⁷ “La revolución en la moda y los trajes –escribe Bullock– será con toda probabilidad tan grande como la ocurrida

46 Carta VIII, p. 68. Poseemos un dato relativo a la primera señora que desafió la moda tradicional hispánica al trocar la mantilla por el bonete francés; y es muy significativo que tal democrática prenda fuese usada por vez primera en México por la viuda de O’Donojú, doña Josefa Sánchez Barriga. Vid. T. Penny, *A sketch of the customs and society of Mexico* (1824-1826), Longmans and Co., Londres, 1828, p. 62. Un año después que Mayer (1843), el último cónsul norteamericano en California, Albert M. Gillian, comprobaba que en la capital mexicana los sombreros de señora seguían desgraciadamente siendo escasos; él sólo pudo admirar a una dama portándolo; mas se trataba de una inglesa, y Gillian escribe con melancólica añoranza anglosajona: “A mí me agradó ver a la dama inglesa, que con bonísimo sentido mantenía el privilegio de su bonete, y no hizo a un lado su confort y elegancia para satisfacer el intolerante y fanático espíritu de los nativos, quienes hacen mofa de todo aquello que no sea lo suyo propio. Vid. Gillian, *Travels in Mexico*, George Clark and Son, Aberdeen, 1847, p. 99.

47 W. Bullock, *Six months’ residence and travels in Mexico*, John Murray, Londres, 1824, p. 484.

en política, y espero que cambiará con más frecuencia”.⁴⁸ A los cambios políticos seguirían por fuerza los de las costumbres y modas; conforme México progresaba en sus usos republicanos, el viejo estilo iba desapareciendo. A la par que de las fachadas barrocas se borraban los escudos nobiliarios, se iban modificando las modas. Para la época juarista rara será ya la mantilla, y solamente las clases populares, tan apegadas siempre a la tradición, tan conservadoras de los viejos usos, se empeñarán en conservar el rebozo, que era para la *china*, lo que la mantilla para la dama: una reliquia de los pasados tiempos. Probablemente a muchos lectores les resultará todo esto extraño, pintoresco y hasta dudoso; pero es que tienen, sin duda, mala memoria íntima y peor histórica; a sabiendas ignoran, pongamos por caso, que nuestros modestos y democráticos pantalones vienen a ser herederos legítimos de los usados por los revolucionarios, igualitarios y terribísimos *sans-culottes*; palabra horrenda que muy elegantemente esquivaron con gazmoñería puritana los caballeros ingleses, prefiriendo nombrar tan democrática cuanto necesaria prenda de un modo evasivo y pudibundo: *inexpressibles*.

Todo en la crónica de Mayer respira una abierta o velada censura contra las cosas y hábitos mentales hispánicos; pero como él no es hombre que se limite únicamente a la crítica demoledora, tratará de calar hondo en el ser del mexicano que se le muestra ante los ojos, para tratar de comprenderlo y aun salvarlo, así sea por definición. Lo primero que descubre en el mexicano –y a lo que él aludirá en forma velada– es un carácter que transparenta por todas partes su conformación hispánica; al mexicano lo encuentra Mayer bondadoso, gentil, hospitalario, refinado, inteligente, rápido en el estudio, velocísimo para aprehender y dominar cualquier objeto propuesto; mas inconstante, manco de perseverancia. También lo halla bravo, cortés, orgulloso y sensitivo, blando y abierto ante la bondad y respeto de los que deseen abordarlo; amoroso en extremo con la familia, respetuoso e indulgente para los amigos, expansivo, ardiente, deseoso de cultivo intelectual y, sobre todo, patriota;⁴⁹ mas en lo que el mexicano se lleva la palma y excede a todos es en la naturalidad de carácter y en la ausencia de pretensiones. Pero estas nobles cualidades del mexicano están contrapesadas, ensombrecidas por la inercia espiritual heredada

48 *Ibid.* Bullock se jactaba también de haber impuesto la moda inglesa, por haber él traído varios volúmenes de una revista de modas que hacía Ackermann en Londres.

49 Carta XXVIII, p. 380 ss.

de España. Como los esclarecidos patriotas y comentaristas políticos hispanoamericanos,⁵⁰ Mayer descubre que el mal estaba por dentro, que se hallaba en la propia sangre, en la educación, en los hábitos mentales y religiosos, en las costumbres y usos recibidos de España; de aquí las fallas políticas y los males económicos sin cuento. Por eso las revoluciones mexicanas le parecen a Mayer sin objeto; más bien son –añade– *desórdenes* momentáneos que revoluciones bien proyectadas; de ahí que no hayan sido progresivas ni determinadoras de un principio.⁵¹ Compara Mayer a Iturbide con Washington, y declara que en lugar de haber hecho aquél lo que el segundo, tuvo “por imposible suprimir la opresión del monarquismo español, o de enseñarle al pueblo a gobernarse por sí mismo”.⁵² Y como la lección española pesaba mucho, “convirtiéndose en norma de acción la lección de frivolidad y de corrupción que la vieja España (con su opresión y su injusticia) enseñó a su colonia, y la doblez fue elevada a la categoría de virtud”.⁵³ Y es que no pueden las naciones –prosigue Mayer– acostumbradas desde siglos a que las gobiernen, aprender en un minuto a gobernarse por sí mismas.⁵⁴ Los mexicanos, por otra parte, mostraban cierta antipatía y recelo por los extranjeros; pero Mayer lo justificaba también a causa del exclusivo sistema español bajo el cual los mexicanos se habían educado, y a la espiritualidad estrecha del credo católico que les había sido inculcado. Los mexicanos poseían asimismo una mentalidad anti-comercial que les hacía rechazar con disgusto a los rudos comerciantes nórdicos que estaban empeñados en enconadas luchas y competencias. Este desdén mexicano por el comercio y la repugnancia por las innovaciones eran, sin duda, típicos rasgos mexicanos;⁵⁵ pero asimismo pertenecían, según sabemos hoy, como herencia a todos los hispanos.

El libro de Mayer está lleno de sugerencias e imágenes para todos los gustos; el lector sencillo que busque sólo en la obra un rato de solaz hallará un

50 Véase en Leopoldo Zea, *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica: del romanticismo al positivismo*, El Colegio de México, México, 1949.

51 Carta XXXIII, p. 447.

52 *Ibid.*

53 *Ibid.*, p. 448.

54 *Ibid.*

55 “Mucho me temo –escribirá Mayer– que las tendencias de la República hermana vayan en sentido contrario. Todavía no se ha despojado del fanatismo español, según el cual cada nación debe bastarse a sí misma, sin contar con una marina mercante propia, mediante la cual haga su comercio regular”, p. 385.

vasto panorama de la vida social en México durante la primera mitad del siglo XIX. Ante sus ojos pasarán, como proyecciones de un animadísimo caleidoscopio, una inmensa gama de tonos costumbristas y de colorinescos personales populares y de salón; costumbres y modos licenciosos y virtuosos; mesones, fondas y hoteles, jacales, haciendas y palacios; indios, mestizos y criollos; caballeros, charros y bandidos; peatones, mendigos, rateros y léperos; frailes, curas y prebendados; oficiales, clases y soldados; chinas, rancheros y evangelistas; mecapaleros, aguadores y holgazanes; generales y obispos; hacendados y señorones; burgueses y aristócratas: todo desfilará ante el lector con el fatuo y abigarramiento de una inmensa película a colores.

Las descripciones de Mayer no resultan menos vívidas que las aprisionadas en las litografías o las captadas en las pinturas populares de la época. Hay descripciones (Carta VIII) que parecen como si hubieran sido escritas teniendo a la vista las litografías de Linati, de Deacaens, Montiel o Gualdi; o bien teniendo enfrente los animados óleos panorámico-ciudadinos del primer tercio del siglo. Otra posible influencia de Mayer fue la que le proporcionó la lectura de “menguada” –así la califica– prensa mexicana de aquel tiempo, especialmente las revistas cursilonas y románticas; pero de las cuales extrajo muchos temas para sus cartas. Además, Mayer coincidió con la marquesa Calderón de la Barca –que asimismo se había inspirado, y muchísimo, en los *calendarios* y *revistas* de entonces– en muchos de los tópicos y observaciones, por lo cual se puede asegurar que nuestro autor tuvo presente el libro de la amena escritora para matizar el suyo.

Por fuerza tiene uno a veces que desconfiar de la originalidad y pensar, pues, si nuestro viajero escritor no estaría copiando –como apuntamos arriba– los temas que le ofrecía la cornucopia picaril de la ciudad recogida por los buriles y pinceles ya académicos o populacheros; pero más difícil resulta imaginar si la inspiración no les vino a los artistas por el camino contrario; una posibilidad que por lo mismo que es absurdamente hipotética merece que se detenga alguien a cavilar en ella. Sea como hubiese sido la cosa, el hecho es que por encima de la posibilidad real o hiperbólica se levantará una mayor; la coincidencia de Mayer con los artistas residió fundamentalmente en el hecho concreto de que todos se inspiraron en una realidad viva superior: la propia vida en la que unos y otros fueron coevientes, y en la que un Mayer o un Egerton vivieron inmersos, y en mitad de la cual también el segundo murió apurando las heces de su trágica muerte.

El lector imaginativo podrá acompañar a Mayer al Paseo Nuevo o a la vieja Alameda; podrá seguirlo al teatro o a la ópera; visitará con él a los políticos de entonces y a los presos de la Acordada; se jugará con Mayer unos doblones en San Agustín de las Cuevas, apostará en el palenque de gallos y silbará en los toros; incluso conocerá a las damas linajudas y hasta aspirará con fruición, si quiere, el perfumado cigarrillo que unas manos femeninas finas y aristocráticas le habrán liado y ofrecido junto con la más seductora de las sonrisas y el ademán más encantador.

El lector especialista lanzado a la caza del dato encontrará también en el libro de Mayer una estupenda cosecha de éstos. Aunque la obra tuviera poco valor por todo lo anterior, lo tendría, sin embargo, incalculable por la cantidad y calidad de las informaciones y cuadros estadísticos. En el *México, lo que fue y lo que es*, se halla recogida toda la vida mexicana de aquel entonces expresada en cifras; inclusive los precios de los artículos de consumo en el mercado. Si el lector fuere mujer y además ama de casa, suspirará feliz y a la vez triste por aquellos días en que un guajolote costaba \$1.50 o le daban a la marchanta la docena de rojos y gordísimos tomates por doce centavos y medio; mas si el lector fuere varón y jefe de hogar, bendecirá a toda hora el hecho de no encontrarse viviendo en un México en el que, como en el del pasado, había que pagar entre \$500 y \$2 000 de alquiler. Las notas económicas pueden ser comprobadas en su mayor parte con los memoriales y documentos oficiales de la época, de modo que no es su carácter de fuente lo que les da importancia, sino el estudio crítico que hace Mayer de los mismos y las conclusiones que saca de ellos; por ejemplo, cuando compara en el presupuesto de 1840 todo lo que se dedicaba para castigar, con lo poco que se reservaba para instruir. Las estadísticas abarcan todo el complejo proceso económico de la nación; las hay relativas al comercio, a la industria, a los impuestos e ingresos nacionales, a los egresos, a la producción minera y agrícola, a la llegada y salida de buques. Desde luego que no se olvida Mayer de dar algunos datos relativos a su país para que el lector se vaya forjando una idea comparativa entre las dos naciones; lo cual resulta sumamente ilustrativo.

Muchos otros temas podríamos abordar del libro de Mayer; mas el temor de extendernos demasiado nos constriñe a dejarlos para mejor ocasión. Aclaremos, antes de terminar, que el libro de Mayer es un diario, y que, como tal, según ya una vez advertimos, en él algunos temas están descoyuntados y regados por entre las páginas, un inconveniente que será obviado en la segunda

obra (*El México azteca, español y republicano*), pero que le quitará a ésta vivacidad y frescura. La forma epistolar que el escritor adopta para enumerar los capítulos no deja de ser un recurso estilístico muy a gusto de su época, si bien a veces se revela en las cartas el espíritu de una auténtica misiva enviada ya al familiar o al amigo íntimo.

El libro apareció en 1844, según ya sabemos; a saber, un año después asimismo de que el eminente historiador Prescott –una especie de Gibbon para el Nuevo Mundo, como lo insinuara Mayer–⁵⁶ lanzara al mundo su *Historia de la conquista de México*, circunstancia que tanto ayudó al éxito del libro de la Marquesa como al de Mayer. Nuestro autor fue también movido a publicar su obra no sólo por el entusiasmo que le despertara la *Historia* de Prescott, sino asimismo por el que le produjeron las relaciones de los viajes de Stephens a Yucatán. El éxito franco alcanzado por Mayer no pudo ser opacado por dos obras que vinieron a servirle de respaldo; la de Gillian y la de Thompson, que ya hemos señalado, y que fueron lanzadas al público con la característica visión comercial norteamericana, aprovechando el entusiasmo populachero despertado con motivo de la inminente guerra con México.

Hay un personaje que a Mayer atrae –insistamos en ello– de un modo irresistible, Santa Anna, y el lector no debe creer que nuestro autor se sienta seducido por la arrolladora personalidad del inquieto general simplemente por bastardas miras políticas. Mayer alaba a Santa Anna por la labor política y de saneamiento económico que éste realizara en 1841 y 1842. El presidente aparece adornado con indudables dotes de energía y dirección que sería inútil no querer reconocer. Aunque Mayer censura acremente los presupuestos anuales por el saco sin fondo que en ellos representaba la partida asignada al Ministerio de Guerra, reconoce que Santa Anna se movió con agilidad financiera –¡oh manes de Trigueros y Gorostiza!– en torno a los problemas económicos suscitados por el fondo de amortización decretado por el presidente para pagar la deuda pública, y alrededor de la suspensión del pago de las cinco primeras partidas que se cargaban a las aduanas para reservar la apropiación activa al pago de los intereses de la deuda inglesa y tabacalera.

El lenguaje de Mayer es fluido, correcto y jugoso, y debemos agradecer al traductor, señor Francisco A. Delpiane, la versión limpia y rica que nos da del *México, lo que fue y lo que es*: una traducción realizada sin abusos ni falsos alardes estilísticos; pero también sin apocamientos; a la justa medida.

⁵⁶ *El México azteca*, v. I, p. 100.

